

grandes desafíos de nuestro tiempo, así como su dilatada experiencia académica como docente y gestor universitario, junto con otras cuestiones de gran interés para el lector.

Podemos afirmar que tenemos ante nosotros una obra de enorme utilidad para aquellos lectores interesados en ampliar su mirada en el intrincado laberinto de la economía mundial. Al tratarse de aportaciones con una extensión reducida, los autores se centran en los elementos básicos de cada uno de los enfoques sin entrar a realizar un detallado examen, lo cual le aporta la virtud de ser un texto accesible a un público no especializado. Sin embargo, quizás se eche en falta una relación de textos al final de cada capítulo para profundizar en el estudio de las escuelas económicas presentadas. No obstante, estamos ante una obra de enorme valor que nos abre nuevos senderos hacia la construcción de un marco general de comprensión del sistema económico mundial desde el que poder articular un nuevo modo de hacer economía que sea realista y consistente.

Daniel Martínez Teruel

Máster en Economía Internacional y Desarrollo

BLOOD AND EARTH: MODERN SLAVERY, ECOCIDE, AND THE SECRET TO SAVING THE WORLD

Kevin Bales

Spiegel & Grau, Nueva York, 2016

290 páginas

Una investigación de la Organización Internacional del Trabajo publicada en septiembre de 2017 eleva a 40 millones el número de personas que sufren formas contemporáneas de esclavitud. El 71% de ellas son mujeres y niñas.

El autor del libro, Kevin Bales, investiga el fenómeno desde finales de los años noventa. En esos años, viajó al estado brasileño de Mato

Grosso del Sur y descubrió que una tercera parte de los lugares en los que se producía carbón utilizaban mano de obra esclava (p.104). Desde entonces, ha trabajado desde la universidad y organizaciones de la sociedad civil para poner fin a esa realidad.

Su libro ofrece cifras globales y analiza las tendencias de esta lamentable problemática. Al mismo tiempo, nos acerca a innumerables historias concretas. Por ejemplo, las de aquellas personas que son llevadas mediante engaños a grandes propiedades en Brasil y, tras un mes de explotación y violencia, son abandonadas en cualquier lugar en un estado lamentable (p.193), o las de aquellas otras personas que en la India han nacido en una familia que pertenece a otra desde tiempos inmemorables.

Más allá de esos relatos, similares a los que se pueden encontrar en obras anteriores del mismo autor, lo novedoso de la publicación son los argumentos que ofrece para justificar la tesis principal del libro: existe una estrecha relación entre destrucción medioambiental y esclavitud.

En las primeras páginas, señala que muchas de las cosas que consumimos son fabricadas mediante el uso de trabajo esclavo que contribuye a destruir el medioambiente (p.8) y llega a afirmar que la esclavitud sería el tercer país más contaminante del mundo, después de China y Estados Unidos (p.10).

Denuncia las violaciones de derechos humanos en el este de la República Democrática del Congo (RDA), cuando se utiliza la violencia sexual en el reclutamiento de menores por parte de los grupos armados. Alerta de los riesgos que sufren las personas que luchan por cambiar esta realidad denunciando la esclavitud en las minas que generan destrucción ambiental. Resume la cadena de suministro que va desde esas minas hasta el teléfono móvil que tenemos en nuestro bolsillo. Desde las personas que, esclavizadas, extraen minerales obligadas por diferentes actores armados, la cadena de intermediarios y los consumidores finales (p.52).

Menciona diferentes iniciativas, entre ellas la ley Dodd-Frank que, desde 2011, obliga a las

empresas estadounidenses a declarar si utilizan materiales de RDA o de zonas cercanas y, en ese caso, a explicar las medidas adoptadas para conocer el origen y evitar que sus compras financien a grupos armados. Así, exige poner la moral por encima de las demandas de las empresas.

Nos acerca también a Bangladesh y a la realidad los miles de niños y niñas que, en un contexto de creciente demanda global de pescado barato, trabajan esclavizados. Allí, en una de las zonas más vulnerables del mundo al incremento del nivel del mar, los propietarios de esclavos destruyen manglares para aumentar su producción (p.96).

El autor se hace eco de cómo personas esclavas son utilizadas en la destrucción de bosques en diferentes lugares del mundo, desde África, América del Sur y Centroamérica, pasando por diferentes países del sudeste asiático (p.106). Denuncia que en Pakistán, India, Nepal y China miles de personas, esclavas, fabrican ladrillos utilizando tecnología medieval y generando una cantidad ingente de emisiones. Advierte que el único motivo por el que se mantiene ese modo de producción, cuando existe tecnología más eficiente y respetuosa con el medioambiente, es por la existencia de personas esclavas. Sin ellas, ese modo de producción sería insostenible. (p.111).

Todo el libro se encuentra atravesado por el reconocimiento a las personas que luchan por cambiar la realidad, asumiendo grandes riesgos. Por eso, da a conocer casos dramáticos que muestran el coste humano que tiene la lucha para las personas que están en primera línea.

Por ejemplo, hace mención a varias personas que perdieron la vida en Brasil, último país del hemisferio occidental en abolir la esclavitud. Como Dorothy Stang, asesinada en Brasil en febrero de 2005. O como los tres funcionarios del Ministerio de Trabajo que fueron asesinados el 28 de enero de 2004 mientras investigaban denuncias de esclavitud en el estado de Minas Gerais.

Anima a quienes lean el libro a involucrarse en la lucha por el fin de la esclavitud y afirma que es relativamente fácil ponerle fin. Se basa en el hecho de que, proporcionalmente, estamos en el momento de la historia con menor número de personas esclavas y en el que la esclavitud tiene un peso menor en la economía global. Considera que, únicamente con la inversión equivalente al valor de las pérdidas que la tala ilegal de bosques supone, es posible acabar con la esclavitud en un plazo máximo de treinta años (p.116).

Concluye que es posible afirmar que para salvar el planeta tenemos que luchar contra la esclavitud (p.243) y que, aunque no tiene todas las respuestas, sabe que es necesaria la implicación de muchas personas que expongan la verdad y se comprometan a luchar contra el ecocidio y la esclavitud (p.238).

Diego Escribano Carrascosa

Graduado en Derecho y en Ciencia Política y Administración Pública. Máster en Derecho Internacional de los Derechos Humanos